

E/M/2



Comunicación / 60

Telecinco se desenamora de Pilar Rubio

LITERATURA

Robert Coover, que fue compañero de Pynchon, Vonnegut y Brautigan, le da una vuelta al género negro en 'Noir'

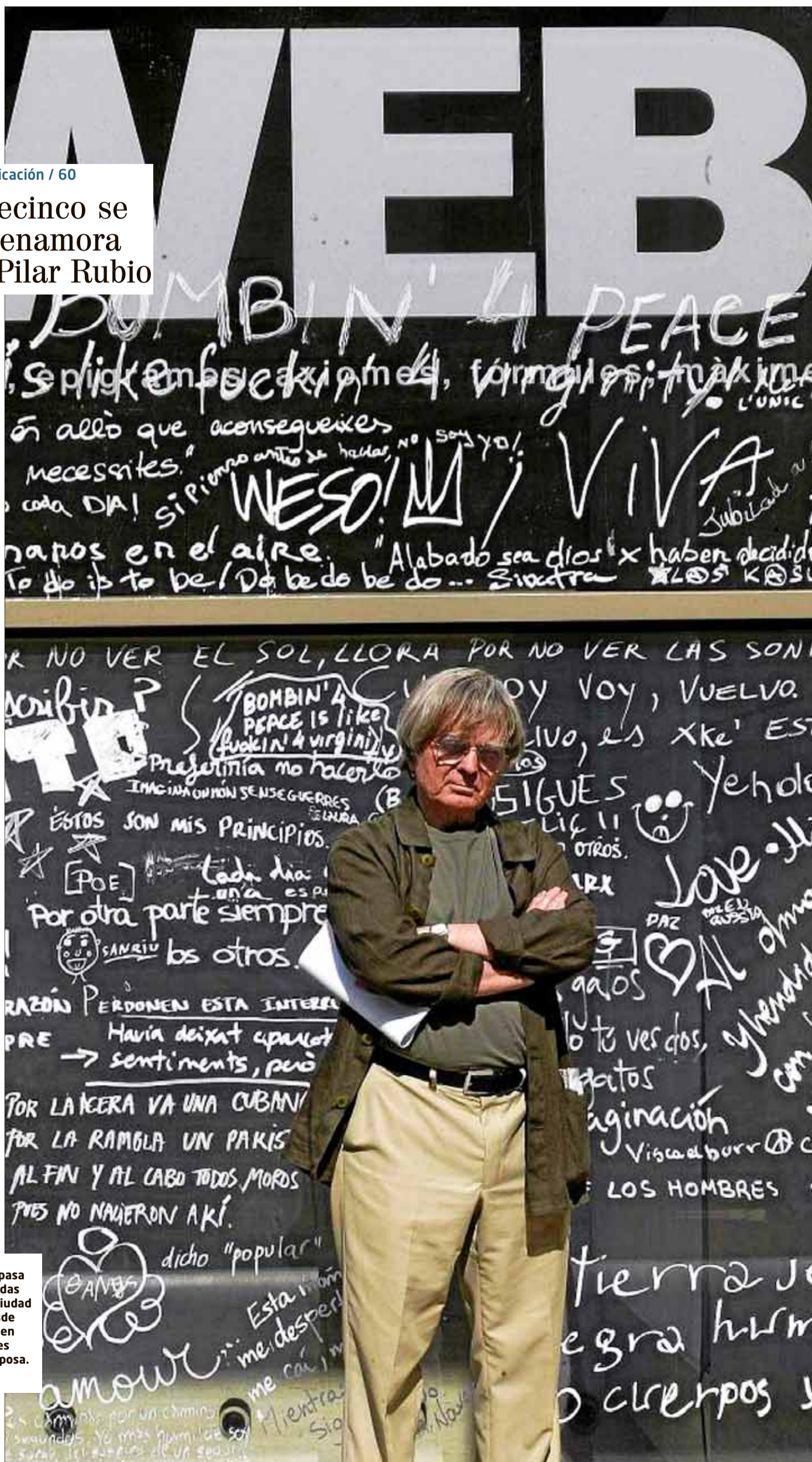
«La literatura caerá con la prensa»

LAURA FERNÁNDEZ / Barcelona

Sentado a una de las mesas de la abarrotada horchatería La Valenciana, el lugar en el que cortejó en otra época a su mujer, en la época en la que ella estudiaba en Barcelona y él era un aspirante a escritor decidido a cambiar la forma del mundo, o, al menos, el aspecto de sus mitos, Robert Coover, prácticamente el único superviviente en activo de la vieja generación posmoderna amante de lo absurdo, aquella en la que militaron Kurt Vonnegut Jr, John Hawkes, Thomas Pynchon y Richard Brautigan, corrige un manuscrito. Su último manuscrito.

A sus 80 años sigue conservando su largo flequillo, de un rubio ceniciento, y su par de gigantescas gafas de montura metálica. Hace frío fuera, pero Coover no lleva abrigo. Se protege con un jersey de lana negro y un chaleco de montaña. Es un tipo duro. Una vez estuvo en la guerra. La Guerra de Corea. Pero no fue un soldado de trincheras sino uno de biblioteca. Sigue en **página 52**

Robert Coover pasa largas temporadas en Barcelona, ciudad que conoce desde antaño porque en uno de sus bares conoció a su esposa.
SANTI COGOLLUDO



EM2 / CULTURA

ROBERT COOVER

● «De Beckett me admiró su actitud. Era la actitud de un monje»

● «Si me dicen que mi literatura es experimental, digo que ni hablar»

Viene de **página 51**

Robert Coover se cobraba libros mientras otros disparaban tiros. «Puede decirse que no había leído en serio hasta que llegué a la base. Se suponía que era un *marine*, pero tuve suerte. Me tocó tierra. En un lugar con una estupenda biblioteca», recuerda ahora, medio siglo después. Fue allí donde leyó por primera vez a Franz Kafka («que por entonces era un autor del momento, acababan de publicarse sus primeras novelas», dice) y a Samuel Beckett, el escritor que le cambió la vida. Y como suele decirse, todo lo que vino a continuación, incluida *Noir* (Galaxia Gutenberg), su última y retorcida *nouvelle*, es historia.

«De Samuel Beckett me admiró su actitud. Era la actitud de un monje. No era simplemente la actitud de alguien que quiere ser escritor, sino la de alguien que se ha entregado a ello por completo», dice Coover. Baja la vista y añade: «Yo traté de hacer lo mismo». Trató de convertirse en un monje que luchara por destruir y volver a construir, de todas las formas posibles, «los mitos que sostienen el mundo moderno». Los mitos que crearon tipos como los hermanos Grimm, Mark Twain o el mismísimo Raymond Chandler, a quien Coover homenajea (y desmonta) en *Noir*, la historia de un detective torpe y paranoico que tiende a perderse en callejones sin salida y a mojarse los pantalones. Un detective llamado Philip M. Noir.

«Pasé mucho tiempo tratando de escribir una novela épica sobre el Lejano Oeste y acabé escribiendo una novelita sobre un vaquero que era alcanzado por un pueblo fantasma. Y luego pensé: '¿Por qué no hacer lo mismo con la novela negra?'. En realidad le estaba buscando un volumen compañero a *Ghost Town*, la novela sobre el Far West», confiesa. Y se apresura Coover a añadir: «El juego, en *Noir*, se establece con el tiempo. Está repleta de *flashbacks*. El lector vuelve constantemente a días que ya han pasado hasta que, como el protagonista, acaba perdiendo el sentido del tiempo».

Coover, que no se acuesta nunca antes de las cinco de la madrugada y que dedica por entero sus noches a escribir, mordisquea su *croissant* y dice que la literatura, para él, ha sido siempre un juego. «Cuando era niño ya jugaba a escribir. Era mi for-

ma de entretenerme», admite. Pero no se puso en serio hasta que la Guerra de Corea terminó y pudo retirarse un tiempo a la cabaña de un amigo, en Canadá. «Allí empezó todo. Recuerdo que lo único que tenía claro es que, hiciese lo que hiciese, se nutriría de los cuentos que me habían llevado hasta allí», asegura. «Siempre que me dicen que mi literatura es experimental, digo que ni hablar, porque no puede haber nada más tradicional que lo que yo hago, ¿acaso no estamos hablando de los hermanos Grimm? ¿No escribí una vez un cuento sobre Ricitos de Oro?», añade.

Dotado de un agudo y mortífero sentido del humor, de la sátira, caníbal, Coover tiene una razón para que sus historias avancen en todas direcciones (y en todas a la vez), y es que «la destrucción del mito sólo es posible si no se crea ningún otro. Por eso hay que ofrecer al lector tantas posibilidades como las que se iluminan en la mente del autor cuando piensa en ello».

«Sí, la deconstrucción era una palabra que estaba muy de moda en mi época», añade. En su época, en la que no se cruzó con sus compañeros de generación más que en un puñado de veces. «A algunos ni siquiera los llegué a conocer en persona. Como pasa con Pynchon, cuya vida sigue siendo un misterio», dice.

Sus compañeros de generación, posmodernos amantes del absurdo: a la derecha, Richard Brautigan; abajo, Thomas Pynchon y Kurt Vonnegut. / EL MUNDO



Enamorado de España (y de dos de sus obras cumbre, *El Quijote* y *La Celestina*), Coover pasó su etapa más feliz como escritor en Tarragona, donde, durante dos años, «no tuve que preocuparme de otra cosa



La generación del absurdo

Las suyas no son las únicas historias que pueden avanzar en todas direcciones (y en todas a la vez). Porque Robert Coover no es único en su género. Formó parte, en los años 60, de la llamada generación posmoderna norteamericana. Una generación que compartió el gusto por el absurdo (heredado de Kurt Vonnegut Jr y, por qué no, del teatro de Alfred Jarry, del mismísimo James Joyce y de un puñado de ilustres precedentes por el estilo), por la multiplicación de personajes (hasta el punto de convertir sus novelas en pequeños universos) y puntos de vista e incluso de espacios, y lo elevó a su máxima potencia, convirtiendo la lectura de sus libros en un juego metaliterario de infinitas posibilidades. Junto a él, militaron los ilustres William Gass, John Barth, Donald Barthelme, William Gaddis, Richard Brautigan y el misterioso Thomas Pynchon, cuyas delirantes novelas pueden considerarse un paradigma. «En realidad, nunca fuimos amigos, pero nos leíamos, y nos admirábamos mutuamente», asegura Coover.

más que de escribir, gracias a mi mujer y a la generosidad de mis suegros, que incluso nos traían comida y ropa para las niñas», recuerda el de Iowa, en un español envidiable.

Sobre la mesa, aún, el manuscrito

lleno de correcciones de la novela más larga que ha escrito jamás y que espera publicar pronto. Es la historia del superviviente de una catástrofe que acaba por erigirse en líder de una religión absurda. «Me

gusta el absurdo. No tengo paciencia para la tragedia. Me aburre. Todo lo que pasa en mis historias tiene que ser divertido, porque estoy jugando, y no quiero aburrirme jugando», confiesa.

Impulsor del *cave writing*, un tipo de escritura que utiliza toda clase de elementos sensoriales para narrar, Coover está convencido de que el tiempo de juego es limitado. «Estamos viendo el fin de los tiempos de Gutenberg. La literatura caerá con la prensa. Porque internet nos ofrece hoy todas las respuestas que antes sólo nos podían ofrecer las palabras», sentencia. «Su atractivo es fortísimo. Y no es algo puramente tecnológico, va más allá, puede llegar a contenerlo todo», añade. ¿Y le parece bien? «Por supuesto», contesta. «Sobre todo, por la sensación real de libertad que provocan». ¿Libertad? ¿En qué sentido? «Aunque no lo parezca, el libro siempre ha sido una forma de control como cualquier otra. O ha podido serlo. Las dictaduras tienden a censurar ciertos libros o ciertos contenidos de esos mismos libros. Te dicen lo que puedes y lo que no puedes leer. Y ahí se acaba todo. Pero hoy, gracias a internet, es más difícil controlar los contenidos a los que está accediendo la población y eso provoca que tengamos más sensación

de libertad, aunque ésta sea parcialmente falsa», asegura.

Mientras apura su taza de café añade algo respecto a la libertad y el compromiso de los escritores. Algo que le afecta directamente. «En realidad mis novelas, mis cuentos, nunca han pretendido denunciar nada. No me considero un escritor político. He estado jugando todo este tiempo, ¿no? No sería justo que me considerara algo así. Pero sí que muchas de mis historias las ha motivado la actitud de mi país. De ahí mi obsesión por escribir un *western*. Aunque ya he escrito uno, la obsesión sigue ahí, y vuelve a mí constantemente. Supongo que es la manera en que mi mente de escritor trata de encajar todo aquello que no le gusta de su país», confiesa Coover. A continuación recuerda que en cuanto estalló la guerra en Vietnam, emigró a Inglaterra, incapaz de seguir viviendo en un país que era capaz de algo así.